

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2003.11.784>

Dietrich KRUSCHE, *Zeigen im Text. Anschauliche Orientierung in literarischen Modellen von Welt*. Königshausen&Neumann, Würzburg, 2001. 382 pp.

Con el título del libro, que en español equivale a “Mostrar en el texto. Orientación evocativa en modelos literarios del mundo”, el autor hace patente que su análisis de textos literarios se basa en una teoría lingüística, a saber, la obra clásica de Karl Bühler, *Teoría del lenguaje* (1934, versión española de Julián Marías, 1950). El psicolingüista de Viena investigó, tiempo antes que la filosofía analítica, el acto verbal en la comunicación natural. Bühler distingue dos funciones de la lengua que llama el campo simbólico y el campo mostrativo. La mayor parte de las palabras de un idioma pertenece al campo simbólico pues su función es *nombrar* las cosas, acciones y estados de cosas. Pero de éstas se distinguen las expresiones deícticas que sólo adquieren significado en un evento comunicativo concreto. Al hablar, el emisor de un mensaje hace surgir el sistema de coordenadas del así llamado modelo *origo: ego –hic– nunc*. La persona que habla se constituye como tal al decir “yo”, y se sitúa en el “aquí” y el “ahora”. Y de la misma manera, di-

ciendo “tú” asigna este papel a su interlocutor y usando los adverbios deícticos de tiempo y lugar marca la cercanía o la distancia, tiempos pasados o venideros. Es así como la deixis establece un sistema de la orientación subjetiva, que en la comunicación cara a cara vemos señalado por el dedo índice (ésta es la etimología de *deixis*). Pero es más, Bühler destaca el fenómeno también en otras formas de comunicación, por ejemplo, en textos escritos donde se observa la deixis textual a partir de la anáfora y la catáfora (expresiones que establecen correferencia con elementos que preceden o aparecen más adelante en el mismo texto). Además, Bühler menciona la *deixis en el fantasma*, o sea la orientación evocativa en textos literarios. Pues es a partir de las palabras mostrativas que el lector construye el modelo del mundo ante sus ojos interiores.

El título del libro de Krusche es programa y continuación de la tradición filológica, como se puede ver en el segundo capítulo que contiene la presentación detallada de la teoría del lenguaje de Bühler, sus referencias al pensamiento de Kant, el siguiente desarrollo del modelo por Harald Weinrich con su contribución a la relación entre hablante y oyente y la “corporeidad” de la lengua, y por Konrad Ehlich con su concepto del campo lingüístico y su diferenciación de los aspectos deícticos. Estas “referencias evocativas”, Krusche las empieza a aplicar de forma ejemplar para analizar algunos textos, dentro de este segundo capítulo, usando las siguientes convenciones gráficas: *deixis personal: cursivas*, **deixis referida al lugar, objeto o cuerpo: negritas**, deixis temporal y textual: subrayado. DEIXIS MODAL: VERSALES.

De esta forma, Krusche ha elaborado un instrumento de análisis que no pretende interpretar exhaustivamente el texto literario, sino uno que identifica la ubicación “sensual”, que el texto ofrece unívocamente para todos los lectores. En otras palabras, el autor amplió el modelo de Bühler para su aplicación a los textos literarios de suerte tal que presenta un terreno sólido para los exégetas, independientemente del método y horizonte de expectativas que cada uno adopte para la interpretación de un texto literario. Asimismo, mediante la visión de conjunto de los fenómenos de referencia indexical, Krusche hace converger varios enfoques teóricos que solían encarar uno de los aspectos deícticos. El primer capítulo del libro da cuenta de este panorama de la teoría del texto literario donde tiempo, lugar y sujeto ocupaban el centro de interés, respectivamente: el tiempo en la obra de Eberhart Lämmert, Paul Ricoeur y Mijael Bajtín; la estructura local en la de Juri M. Lotman, y el sujeto de la percepción en la de Franz K. Stanzel. Krusche presenta, además, los modelos de Roman Ingarden, Jan Mukarovsky, Roman Jakobson, Umberto Eco y Wolfgang Iser. De ahí surge la necesidad de va-

larse de la teoría de Bühler con el fin de combinar los distintos acercamientos en un modelo común, capaz de dar cuenta del campo mostrativo de los textos literarios y de asegurar así la comprensión de esta parte de un texto determinado.

El tercer capítulo constituye la parte principal del libro, dedicado al análisis de la orientación evocativa en el texto. Después de los dos primeros capítulos teóricos, aquí están las obras en el centro de atención. Y se incluyen en el análisis las palabras simbólicas en la medida en que éstas contribuyen a la construcción de la configuración deíctica. Krusche señala claramente los límites de sus intenciones interpretativas (p. 11):

No se ofrecen “interpretaciones” de los textos, sino análisis de las orientaciones evocativas respectivas en tanto que condiciones de la comprensión del texto. Esto puede parecer extraño al principio, ya que la exégesis textual solía tomar como punto de partida las significaciones producidas en el campo simbólico. Pero al acostumbrarse a los conceptos descriptivos, debería ponerse de manifiesto que las observaciones expuestas aquí no obstaculizan ni sustituyen la comprensión individual del lector sino que quieren, por medio de una visión más profunda de la producción del texto, intensificarla. (Trad. M. R.)

Para el análisis de los textos literarios, Krusche distingue dos esquemas: el esquema hablante–oyente y el esquema cercanía–lejanía. El segundo es más rico en formas, mientras que el primero es más complejo, ya que en la literatura se desdobra la función del sujeto, pues hay que distinguir el sujeto emisor y el sujeto de la percepción. Asimismo, es preciso definir la posición del lector de manera diferente a la del oyente en la “copresencia física” de los interlocutores, o sea en la conversación cara a cara. El lector suele adoptar la perspectiva del sujeto perceptor y con eso se coloca en la posición de *origo*. Los textos analizados son tomados, en su mayoría, de la literatura en lengua alemana de los siglos XIX y XX, lo que se explica por el hecho de que en esta época los autores experimentaron mucho con el campo mostrativo y desarrollaron así nuevas técnicas narrativas. Con todo, los ejemplos de la literatura del antiguo Egipto, de la *Odisea*, de odas de Horacio y del *haikú* japonés son una prueba contundente de que el modelo de análisis es aplicable a cualquier texto literario.

Los ejemplos mencionados al final se encuentran ya en la cuarta parte del libro intitulada: “Lecturas analíticas: texto y evolución de la literatura”, parte que en cierto sentido rebasa los límites indicados en el título del libro, ya que aquí, si bien siempre parte del análisis deíctico del texto en cuestión,

se adentra mucho más en el campo de la interpretación, lo que, sin duda, enriquece considerablemente el estudio. Los aficionados a los *haikús* disfrutarán la lectura de los respectivos subcapítulos que para muchos abrirán nuevas e interesantes miradas sobre este género tan especial.

El último capítulo, “En torno a la pragmática de los textos”, apunta la complementariedad de los campos bühlerianos, el mostrativo y el simbólico. En las conclusiones, Krusche distingue dos partes del discurso supeditadas a condiciones comunicativas diferentes. La “parte analítica” es la que permite una “visión exacta de la construcción de las posiciones relacionales y de los espacios de orientación en el texto” (p. 342), perceptible para todos los lectores de la misma forma. Esto cambia en cuanto el lector aplica el texto al propio mundo y comenta la subsecuente recepción. Esta “parte aplicativa” se sirve del conocimiento previo de fondo, de las ciencias auxiliares, como son la biográfica, la sociología y la historia, y conduce a las “significaciones” que, de acuerdo con la lógica hermenéutica, son particulares de cada lector, marcadas por su cultura y su individualidad. Krusche se vale aquí de su rica experiencia pedagógica con estudiantes de muy variada proveniencia cultural y reporta las interpretaciones y valoraciones basadas en el respectivo horizonte, las cuales el autor consecuentemente considera como válidas a un lado de las lecturas usuales en el ámbito de lengua alemana. Parece que es justamente el rigor de la parte analítica del discurso el que permite la flexibilidad y apertura en el trato de la parte aplicativa. Porque aquél limita la arbitrariedad casual de una teoría de la recepción superficialmente aplicada, y, al mismo tiempo, evita la intolerancia etnocéntrica que cree poder imponer una lectura canónica.

¿Qué hay que criticar? No veo mucho. Algunas erratas, sobre todo en la división de sílabas, donde un revisor de estilo debería corregir las limitaciones del formato electrónico. Algunas referencias que remiten a pasajes previamente citados, difíciles de ubicar. Pero se trata de nimiedades que se podrán evitar en la versión española que ojalá y pronto se emprenda, dado el gran interés que ya empezó a despertar el texto. Se puede afirmar que el modelo de Dietrich Krusche presenta una aportación importante para los especialistas de la ciencia literaria que se prometen algo del análisis fundado en bases lingüísticas, así como para lingüistas interesados en incluir textos literarios en sus investigaciones.

Marlene RALL